

LaMari Muriel, Isabel Luque y María Cuéllar

JUNTA DE ANDALUCIA

Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

Andalucía
ORIGEN & DESTINO
Quinto Centenario de la Primera Vuelta al Mundo

© JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico
Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico
Coordinación de la edición: Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico
Director: Juan José Primo Jurado

Coordinación científico-técnica
Gema Carrera Díaz

Autoría de los textos
María Cuéllar Gordillo, Isabel Luque Ceballos

Autoría de las ilustraciones
LaMari Muriel

Colaboración
José Manuel Santos Madrid

Diseño y maquetación
Deculturas, S. C. A.

Año de edición: 2019
ISBN: 978-84-9959-346-3



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España. Creative Commons. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones siguientes:
–Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador.
–No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
–Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.
Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra. Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.
Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
La licencia completa está disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es

Candela Canela



LaMari Muriel, Isabel Luque y María Cuéllar

JUNTA DE ANDALUCIA
Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO
Andalucía
ORIGEN & DESTINO
Quinto Centenario de la Primera Vuelta al Mundo

Candela Canela y el libro de los sonidos silenciados

Auroros, despertadores, mochileros, cuadrillas de ánimas, zambombas, romances, verdiales, chacarrá, troveros, corraleras, cruceras, fandangos de pique, danzas de locos, cascabeleros…, son algunas de las expresiones musicales y dancísticas de la tradición oral andaluza. Son el resultado de procesos históricos, de relaciones culturales entre grupos humanos que han convivido en territorios de Andalucía como la Alpujarra, los Vélez, la Axarquía, la Sierra de Cádiz, el Bajo Guadalquivir, la Sierra de Huelva…

Se trata de formas de cantar y de danzar que continúan estando vivas y mediante las cuales sus protagonistas se reconocen como grupo, al mismo tiempo que mantienen esta herencia cultural que se renueva cíclicamente. Todas ellas constituyen una muestra de la diversidad cultural y de la creatividad colectiva en Andalucía.

Sin embargo, esta riqueza es muy poco conocida más allá de las comarcas en las que se crea. Por ello, la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, a través del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico (IAPH), a partir del II Seminario de Patrimonio Inmaterial de Andalucía, impulsó este proyecto editorial dirigido a los más jóvenes.

Con ello queremos compartir y difundir, de forma didáctica, los valores de la música tradicional andaluza, la riqueza de su creatividad colectiva, la diversidad de expresiones musicales y el dinamismo de las mismas, dando voz a muchas voces y sonidos, a veces, «silenciados», a cuyos protagonistas les dedicamos la historia de este descubrimiento que realiza Candela Canela a través de la memoria de su abuela.

Esperamos que disfrutéis esta historia de música, luz y color.

Gema Carrera Díaz. Antropóloga.
Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.


Candela Canela

Candela Canela no puede aguantar este calor. En el cole no hay aire acondicionado, y sí un montón de grandes ventanales sin persianas que a esa hora convierten la luz en fuego. Además, la clase es un rollo, la retahíla del profe le llega como una lejana letanía, no entiende casi nada, y lo que logra descifrar, muy poco, no le emociona, y sus manos están sudando, y necesita un poquito de fresquito.

Aprovechando que el profe se coloca de espaldas a la clase para escribir en la pizarra, Candela sale de allí con mucho sigilo, ni sus compañeros se percatan, y huye hacia la biblioteca. Corre como una ráfaga de viento por los pasillos, nadie la ve. Pero…

Justo cuando posa la mano en el pomo de la puerta de la biblio, su hermano Andrés, que iba camino del baño, le chista.

—Shhhh, Candela, ¿otra vez te has escapado de clase? Vas a ir a papá. Te quitará tiempo para leer.



—Déjame, hermano, cara de melón, ojos de gato, me resbala tu amenaza. Soy libre como un libro, y, por cierto, un montón de ellos me están esperando ahí dentro. —Y señala la puerta de la biblioteca con la barbilla.

—Muy bien, Candela, hermanita, tú sabrás.

Candela entra en la biblioteca y sonríe. La mejor hora para leer es cuando todos los demás están en clase.

Andrés no le va a decir nada a su padre, claro que no, pero no puede perder la oportunidad para amenazar a Candela, eso hacen los hermanos, molestarse y quererse a partes iguales.

—Candela ya se habrá ido a otro sitio —piensa Andrés.

Su hermana se lo contó un día, le dijo:

Hermanito, este es el misterio de la lectura: cuando leo, viajo. Tú me ves, pero yo a ti no, porque estoy con las letras. Adonde me lleva el cuento allí me voy. En esos momentos, si quieres que te escuche tendrás que llamarme muy fuerte, como si me despertaras de un sueño.

Las dos en punto. Cuando el timbre suena niños y niñas corren, enloquecidos y hambrientos hacia la calle o el comedor.

Andrés y Candela tienen una abuela que los recoge a la salida del cole y mientras caminan de la mano les da pan calentito y les cuenta historias de hace cien años, cuando ella iba a la escuela, y les dice que no hay que pelearse y les habla a veces en verso, como los antiguos.

—Hola, abuela —dice Andrés mientras se cuelga de su cuello y la besa.

—Hola, cielito, me das la vida con tus mimitos, tus besos me saben a queso, anda, toma un currusco de pan recién salido de las brasas, te alegrará el camino a casa. ¿Dónde está Candela?

—Ay, abuelita —dice Andrés—, la última vez que la vi entraba en la biblioteca.

—Dónde si no —suspira la abuela.



Y ambos entran en el cole para llamarla. Son las dos y poco y pronto cierran la puerta. Don José, el conserje, les ha advertido de que hay que darse prisa.



Entraron en la biblioteca, abuela y nieto, cogidos de la mano, un poco despacio, un poco con cautela, un poco extrañados de que Candela no estuviera allí.

La abuela se atrevió a llamarla, pero casi no se escuchó su voz. Hacía mucho frío, aunque fuera era casi verano.

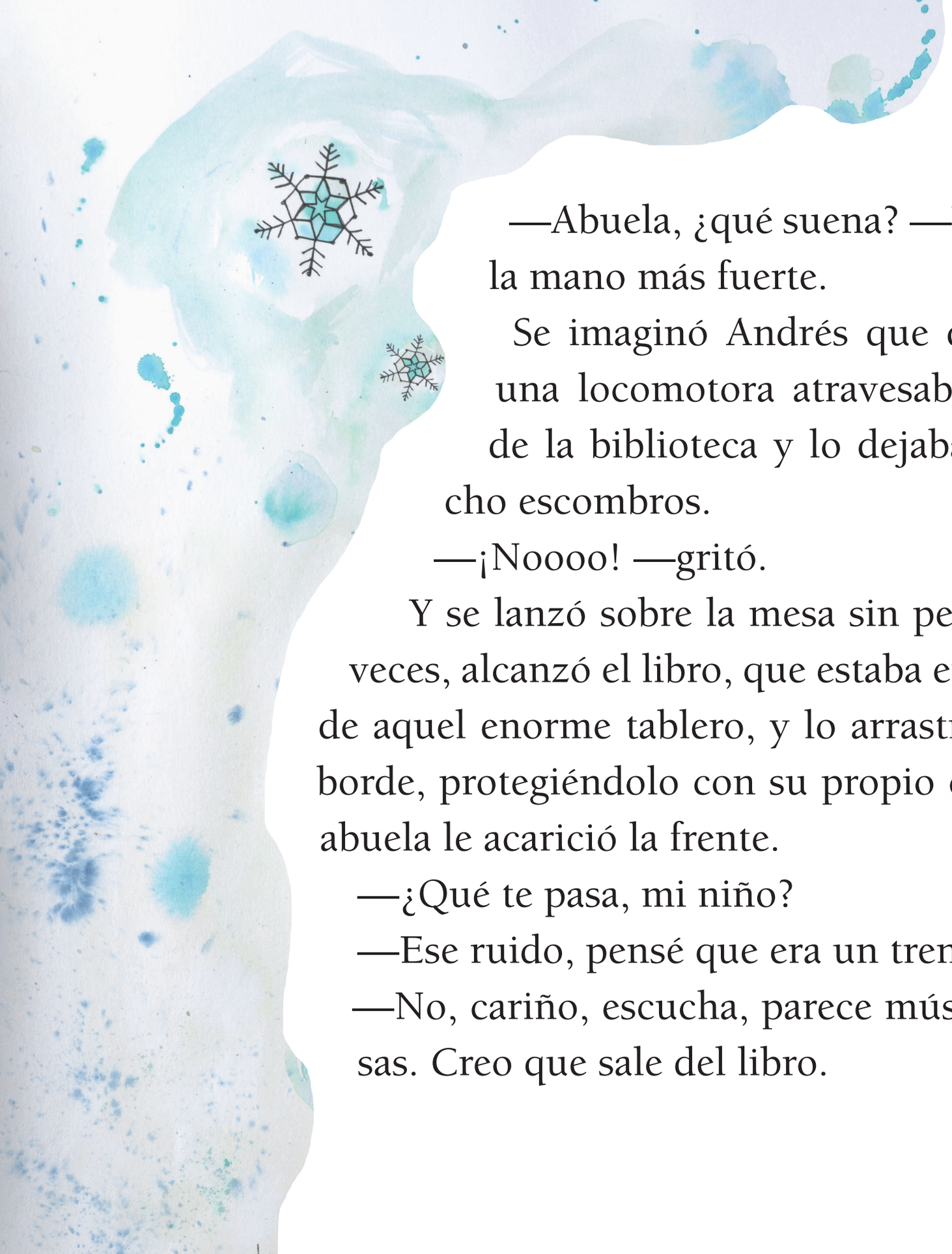
La abuela abrió la mochila que Andrés cargaba a la espalda, sacó una sudadera y se la dio para que se la pusiera. Parecía que las estanterías se estaban llenando de escarcha. ¿Enero?, dudó la abuela. Aquí pasa algo raro, sintió Andrés.

Encima de la gran mesa que recorría la biblioteca de lado a lado, como una gran alfombra con patas de madera, había un libro abierto que atrajo la atención de los dos. Se acercaron y pudieron ver que en sus páginas no había nada escrito. Solo blanco y frío, como la mismísima nieve.

—Candela, ¿dónde estás? —gritó la abuela nerviosa—. ¡Qué frío hace!

Andrés le agarró la mano, para tranquilizarla y para consolarse él, que tenía un poquito de miedo. Parecían estar en otro mundo, en una biblioteca del Polo Norte.

Empezó a escucharse algo. Un ruido lejano parecía acercarse.



—Abuela, ¿qué suena? —Y le apretó la mano más fuerte.

Se imaginó Andrés que de repente una locomotora atravesaba la pared de la biblioteca y lo dejaba todo hecho escombros.

—¡Noooo! —gritó.

Y se lanzó sobre la mesa sin pensarlo dos veces, alcanzó el libro, que estaba en el centro de aquel enorme tablero, y lo arrastró hacia el borde, protegiéndolo con su propio cuerpo. La abuela le acarició la frente.

—¿Qué te pasa, mi niño?

—Ese ruido, pensé que era un tren.

—No, cariño, escucha, parece música… y risas. Creo que sale del libro.

Era una fiesta. Los dibujos que comenzaron a llenar aquellas primeras páginas, que emergían como por arte de magia, tenían forma de personas y se movían al ritmo de la música. Abuela y nieto volcaron sus miradas en aquellas ilustraciones con vida propia, inclinando sus cabezas hasta el límite del papel y abriendo mucho sus dos pares de ojos oscuros. Entonces lograron verla, entre las cabezas que danzaban y las bocas que cantaban y las miradas que sonreían, allí estaba, Candela Canela, viajando a donde el libro la quisiera llevar.

—Abuela, ¿cómo la sacamos del libro?

—Candelaaaaaaaaa —gritaron a la vez. Pero no los escuchaba.

El ritmo salía de una fila de gigantes, eran tinajas antiguas, enormes. El zum zum los atrapaba en el sonido ronco de la Navidad, el del golpe de la caña contra el parche de la zambomba.



Todos a una, todos a la par, había algunos hombres que saltaban y tocaban y Candela estaba, montada sobre una de aquellas enormes zambombas y cantando entre ellos, contenta, como siempre.



La abuela, agitada por el compás de las zambombas, cerró los ojos y sonrió. Un recuerdo de villancicos y mantecados volvió desde su memoria al mundo de las palabras.

—¡Candela, sal de la zambomba! —gritó la abuela mientras mantenía los ojos cerrados. A su nieto le pareció que no los abría porque estaba conjurando un milagro, que su hermana volviera. Pero no era por eso, ella estaba disfrutando de un recuerdo recuperado: la zambomba de Navidad.

Y el libro pasó página. La hoja al moverse dejó una estela como de nieve, que solo duró un instante.

A Andrés le pareció ver una figura blanca que se colaba en la siguiente ilustración. Le dio un poco de miedo y se acercó más a su abuela. Los dos miraron atentos las nuevas hojas.

La biblioteca seguía vestida de invierno y de fiesta. Las páginas continuaban sonando. Ahora se escuchaba el canto de un violín, una y otra vez, agudo y pequeño, acompañado por voces y panderos. Más dibujos aparecían: la niña bailaba igual que aquellos hombres con sombreros de colores imposibles, cargados de flores y cintas hermosas. Otro grupo de danzantes llevaban faldas y alpargatas. La pandereta hizo que la abuela empezara a marcar el ritmo con la punta del pie.

—Abuela, por favor —le recriminó el nieto—, tenemos que salvar a Candela, sacarla del libro.

Andrés estaba rojo, no sabía si sentía vergüenza, curiosidad, enfado, o miedo. Se mezclaban todas sus emociones con el sonido fino y animado del violín. Su hermana reía mientras él se daba cuenta de que la sombra blanca la acechaba.



La abuela, sin embargo, disfrutaba y movía los hombros al ritmo de la música.

Y cerró los ojos.

—¡Verdiales! ¡Qué panda de locos! —gritó, y el libro pasó página.

El movimiento de la hoja liberó un arcoíris de cintas de colores. Y Andrés pudo distinguir perfectamente cómo ese personajillo blanco que perseguía a su hermana se deslizaba dentro de la siguiente ilustración.

El libro no dejó de sonar.

¿Qué era ese ruido? ¿Risas? ¿Carcajadas? Candela se lo pasaba en grande y ellos allí fuera…, tan sorprendidos, y sí, Andrés un poquito aburrido de ser solo espectador. Y miró a su abuelita quejoso.

—¡Jo!, abuela.

Tu hermanita está bien, tranquilo. Son carnavales…, huele a sardina… —y se quedó pensativa.

La niña ahora se mezclaba con gente disfrazada y su risa se escuchaba por encima del murmullo callejero y de las coplas. ¡Parecía estar disfrutando tanto…! ¡Igual que la abuela!, que al ver a su nieta contenta recordó lo feliz que había sido en su infancia. Pero al nieto le fastidiaba tanta carcajada, tenía un poco de envidia… Aunque su mayor deseo era recuperar a su hermanita, volver a jugar con ella, escuchar sus historias y dormirse cogido de su mano.

—Menos mal, ya hace menos frío —le dijo la abuela, que intentaba permanecer tranquila, pero también ella se había fijado en ese fantasma que iba detrás de Candela, saltando de hoja en hoja. Lo vio observándola desde lejos. Y miró al nieto para coger fuerza y seguir recordando—. Qué bien me lo pasaba, Andrés, en el carnaval. ¿Recuerdas que os cantaba cuplés cuando erais pequeños? Te prometo que voy a volver a hacerlo —le dijo, y le guiñó un ojo.

Con el sonido de los pitos de fondo el nombre de la fiesta se escribió en aquellas páginas con tinta de carnaval.



—¿Te das cuenta de lo que quiere el libro, nietecito? Está vacío y quiere llenarse con mis recuerdos. Lleva a Candela por las fiestas de mi infancia. Solo tengo que recordarlas y vencer al olvido. Así, las páginas, ya escritas, irán pasando y al final del libro recuperaremos a tu hermana.

—¿Estás segura, abuela? ¿Y quién es ese que viste de blanco y que parece que persigue a Candela? —preguntó bajando la voz.

—No tengas miedo. Ese es el olvido, que nos persigue a todos. Va de blanco como las páginas de un libro borrado, o no escrito. Pero lo venceremos.

Y se hizo la primavera. De las paredes de la biblioteca brotaron ramas de naranjos y limoneros, y olía a azahar.









Ahora la pequeña Candela llevaba pétalos en el pelo y bailaba sin parar desde una plaza hasta una cruz decorada con flores. Era otra fiesta, todos bailaban y cantaban, sevillanas y fandangos, sobre todo, las mujeres. Se escuchaban el pandero, la gaita y el tamboril.

—¿Qué es esto abuelita?

—Son las cruces de mayo. Es una fiesta de mujeres, Andrés, así la recuerdo. Cuando yo era pequeña, las madres, las abuelas, todas tomábamos la calle y compartíamos bailes, comidas y fiesta. Alzábamos la voz, en los patios engalanados, hasta la madrugada.

Las cruces de mayo dieron paso al calor del verano.



En las nuevas páginas hay un grupo de hombres hablando, ¿o están cantando? Entre ellos una niña sonríe. Cerca de ella, una figura vestida de blanco, como una sombra invertida, la agarra por el brazo y la retiene en el olvido.

La niña deja de sonreír y mira a su alrededor, desconcertada.

Fuera de las páginas del libro, en una biblioteca, un niño olvida el nombre de su hermana. Lo acompaña su abuela, los dos miran una ilustración de un libro mágico. Hay una niña dibujada allí.

—¿Tú la conoces, abuela?

La abuela duda…

—Me resulta familiar. —Y cierra los ojos para intentar recordar.

En el libro mágico, la niña también cierra los ojos. Está entre un grupo de hombres que cantan quintillas, coplas rimadas de ida y vuelta. Se dicen y se contestan. Se pican y se replican. Son poetas campesinos, poetas de la tierra y ella quiere seguirlos. Lo intenta con todo su corazón, para que se escuche su voz, y aún con los ojos cerrados sonríe y con fuerza se suelta de la sombra blanca que la sujeta. Tarda un segundo en abrirlos y contesta:

Yo soy Candela Canela, la hermana de Andrés, al que le huelen los pies, pero lo quiero igual, con su olor, con su recato y con su cara de gato.
Mi abuela es una maravilla, lo mismo habla en verso que nos cubre de besos.
Y con sus recuerdos rememorados.
Y gracias a esta picaílla de este libro me sacará a la otra orilla.

La abuela, que aún tenía los ojos cerrados, intentando acordarse de quién era aquella niñita, se quedó con la boca abierta: esa niña es como ella, poeta callejera, ¡rapera!

—¡Pero si son troveros y ella es mi nieta! —Y una lágrima de emoción se resbaló por su mejilla. Le había ganado la batalla al olvido, había recuperado sus recuerdos de la infancia, y un poco se había recuperado también a ella misma.

En la última página del libro mayores y jóvenes están unidos, porque una niña, gracias al cariño de su hermano y los recuerdos de su abuela, ha logrado contar su historia de repente, como una más, como se hace en el trovo y también en el rap.

Quintillas y rimas,
coplas y zambombas, violines y
panderetas.

Lo que bailó una abuela
debe saberlo una nieta.

Que nada bueno caiga en el olvido,
eso os pido.

Recordad lo que sabéis
y aprended miles de cosas.

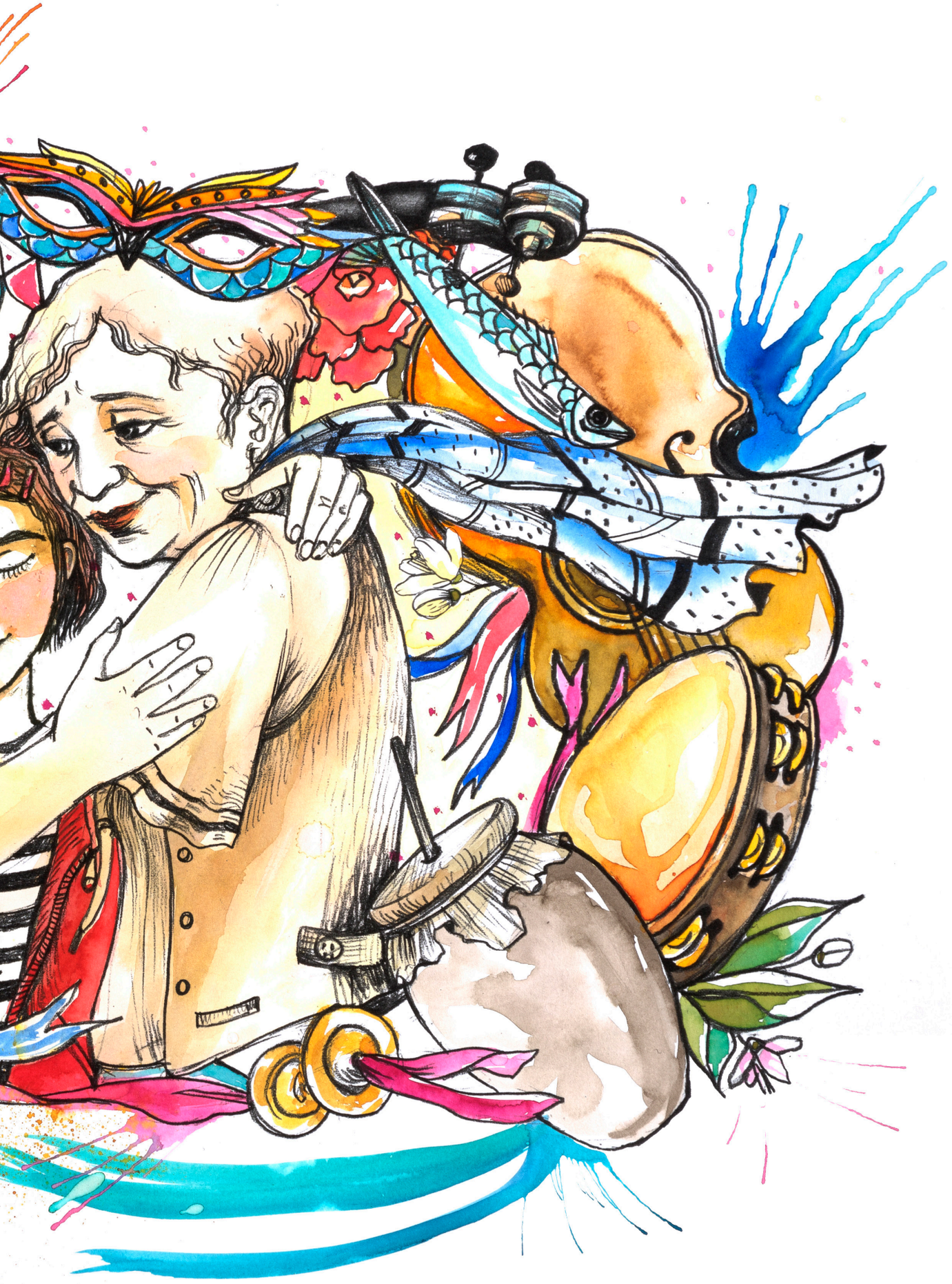
De lo viejo nace lo nuevo,
¿no es ese el sentido de esta historia?



Candela miró al cielo de una página que no era blanca ya. En su cielo encontró su historia, a su hermano y a su abuela. Y supo quién era:

Soy Candela Canela.





Quintillas y rimas,
coplas y zambombas, violines y
panderetas.

Lo que bailó una abuela
debe saberlo una nieta.

Que nada bueno caiga en el olvido,
eso os pido.

Recordad lo que sabéis
y aprended miles de cosas.

De lo viejo nace lo nuevo,
¿no es ese el sentido de esta historia?